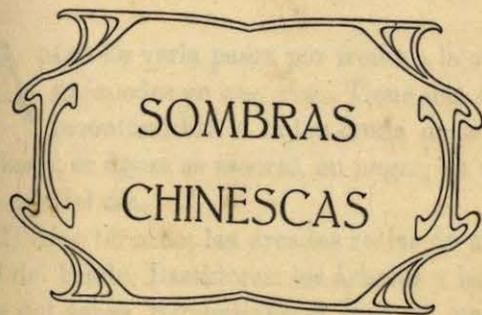


más compacta su copa, más gruesas sus hojas, más apretadas sus ramas, para que, burlando la vigilancia municipal, en la sombra hospedadora y protectora, en la sombra que, a veces, es cómplice y encubre la maldad, pero que, otras, es santa y oculta, como en un regazo de madre viuda, al «hijo pródigo» de la vida, en la sombra oportuna y plácida, descabecen sus viejos sueños los *habitantes*.

El guardia pasará, golpeará con su palo la banca, despertará al amodorrado, será implacable. Pero el árbol no cesará en su empeño maternal de dar abrigo a los cansancios. Porque el árbol, que no conoce la organización social, ni las necesidades colectivas, siente que es una injusticia que arriba los pájaros duermen tranquilamente, y abajo los hombres ni siquiera puedan dormir unos instantes.

Es cierto que también en los follajes hay desvelados; pero el árbol no puede consentir en que uno y otro sean comparables. Abajo, la policía golpea la banca en que se amodorra un hambriento, un *habitante*, y arriba, rutilante de plata sideral, filtrada por un hueco del ramaje, un ruiseñor, apasionadamente, trina serenatas á una estrella coqueta que, para verlo, se asomó a la ventana azul de un celaje de la noche.



LA SEÑORA DE LOS PERROS

A CABO de verla pasar por frente a la casa de huéspedes en que vivo. Tiene una silueta inconfundible. A la luz cruda de este sol cubano, su figura se recortó, en negro, en el aire de oro del día.

Ultimo término: las arcadas recias de un portal del Prado. Bastidores: los árboles y las bancas del paseo. Bambalinas: el azul de una mañana espléndida. Entre el rompimiento y las baterías del escenario, va y viene el coro humano; las mujeres, incitantes y vaporosas; los hombres, de traje blanco y sombrero de paja; un coche de alquiler, un auto, un carromato. Y en el centro de todo, un instante, ella, no me cabe duda. La veo de perfil: un cuerpo rígido, alto, anguloso, enfundado en un abrigo negro y talar como una sotana; ni una curva ni un abultamiento; un paralelepípedo que camina; sobre el

cuerpo una cabeza, en la cual se encasqueta un sombrero de fieltro, en forma de embudo invertido; bajo el fieltro, una nariz roja, grande, de líneas quebradas y gruesas, sombreando una boca sin labios, en curva descendente. El ojo no se ve porque lo cubre el ala del sombrero. Evoca el contorno de Listz. Recuerda las caricaturas de «Tío Sam». Cualquiera pensaría que pudiera ser un abate. Y no; es una *miss*. Es la «señora de los perros».

¿Que quién es la «señora de los perros?» Voy a satisfacer tu curiosidad, linda criolla que levantándote de la mesa del comedor buscaste, frente al balcón abierto, la mecedora donde refrescar el bochorno de la siesta. Voy a decírtelo mientras recorres, distraída, la «página de damas», de este periódico.

La «Señora de los perros» es una inglesa, una vieja inglesa. La conocí a bordo del «Morro Castle». Venía sola; es decir, sola, no; venía con dos perros; y con ellos, en un departamento sucio y bajo del buque, se pasaba las horas muertas. Fué una de las necesarias víctimas de la higiene pública. Sufrió, en compañía de otros cincuenta desgraciados, una prisión de quince días en el Lazareto de Mariel. Eso fué lo que al principio supe de ella. ¿Insignificante, no es cierto?

Pues bien; no olvidaré jamás a este ser, de apariencia vulgar, de aspecto corrientemente sórdido, de facciones trivialmente caricaturescas. Nunca me habló: el idioma nos separaba; nunca fijó con atención en mí sus ojillos de ajenjo. En su retraimiento, en su sequedad—en los que había no sé qué noble distinción—entabló breves y concisas conversaciones con el pugilista yanqui, con el comisionista canadense, con el aventurero tejano. Pero de mí no supo, ni quiso saber mientras convivimos en la forzada intimidad de las barracas del Lazareto. Yo era la masa informe, impersonal, indefinida, caótica...

Sin embargo, ella era para mí, desde los primeros días de cautiverio solitario, una vida de interés, un tipo de curiosidad. La observaba, a hurtadillas, la miraba de reojo, la perseguía a la chita callando. Al principio, te confieso que me repugnaron sus costumbres. En tanto que los «pasajeros de primera» observábamos una metódica existencia, cuya base era la más aburridora higiene, la vieja inglesa—¿lo crearás?—se empeñaba en dormir en la misma alcoba con sus dos perros, lanudos, feos, antipáticos, y más que nada, corrientísimos. Ni cuidados, ni mimos, ni baños, lograron modificar su estampa de canes

sin dueño, que van en correrías nocturnas por los barrios de alguna aldea. Fueron recogidos, al fin de trashumantes miserias, por la piedad extravagante de la *miss*.

Los compañeros de barraca de la inglesa pusieron el grito en el cielo: aquello era una porquería. Y luego... ¡qué locura la de conversar toda la noche con las bestias como si éstas pudiesen entender el galimatías de la vieja indecente! Ante las justificadas quejas de los asilados, el señor administrador no tuvo más remedio que decretar la separación temporal de la familia extraña formada por una anciana maníatica y dos perros callejeros. La decisión del superior fué acogida con palmas y risas. Todos decían: ¡que se fastidie la vieja loca!

En efecto: diez o doce días de dolor profundo, de abatimiento, de inquietud pasó, como un largo suplicio, la «Señora de los perros». La jaula en que fueron instalados los animales era una redonda caseta de alambre, construída a unos treinta pasos del mar. Por muy temprano que se levantara cualquier cuarentenario, podría sorprender ya a la *miss*, afanzada por fuera, a los alambres de la caseta, y cuidando del alimento de los animales, dirigiéndoles, en tono dulce y maternal, la palabra, sonando las manos

para hacerlos saltar y ladrar en el trajín embarrado del encierro.

Así se sucedían las horas.

Así se prolongaba hasta el caer de la tarde, la visita a los cautivos. Así la sorprendí una noche, dos, las diez o doce noches, sentada al pie de la caseta, abatida como la Leonora del Trovador al pie del castillo que encerraba a Manrique, murmurando melancólicamente sus vocablos británicos melificados por la ternura compasiva. ¿Lloraba? Desde el escondite en que yo atisbaba estos dolientes y cómicos episodios creí percibir mal contenidos sollozos y suspiros ahogados. La emoción de la anciana me causaba perplejidad sonriente, y, a la vez, incontenible emoción. He ahí una forma *sui generis* de la locura del bien—me decía yo—; un *detraquismo* muy inglés, cuya raíz, al parecer antihumana, nace de los mismos idílicos prodigios de las «Fioretti» de San Francisco. Un flúido de misericordia acaricia el hocico del «hermano lobo» y el lomo de los perros de la *mis*.

Mi curiosidad femenina—los poetas solemos ser extremadamente curiosos—resultó irrefrenable. En una de las últimas sobremesas, aproveché los momentos de intimidad a que provoca el principio de una buena digestión, y me puse

a hablar con el *boxeador* americano. De repente pregunté:

—¿Y esa señora...?

En su paupérrimo y archimisterioso español, el yanqui me dió datos biográficos. ¡Ah!, un drama terrible...

—Vino de Méjico, de una abrupta montaña, de un mineral del Estado de Guerrero, donde su marido, un ingeniero laborioso, había hecho un capital, ni tan grande para abandonar el trabajo, ni tan pequeño para entregarlo al primero que llegase. Una casa tenían los dos viejos, y dentro de la casa, del «home» cantado por Tennyson, pan blanco, leche pura, recogimiento alegre, sueño tranquilo y tres hijos robustos. Todo perdido. La horda «zapatista» pasó; el huracán revolucionario sacudió la montaña, y, al alejarse la tempestad que tronaba en los fusiles de los indios y ululaba en las bocas coléricas de los salvajes, sólo quedó un montón de ruinas humeantes, la carne de cuatro cadáveres, aventada a los vientos para pasto de alimañas, y aquella viejecita escuálida, loca, inmóvil, imbécil, muda, a la cual acompañaban dos perros ovejeros que, probablemente, habían perdido también a su pastor, muerto o fugitivo, por entre los rugosos acantilados de la sierra.

¿Te explicas ahora, linda muchacha de los ojos de ónix, la piadosa locura de la vieja inglesa? ¿Comprendes, primorosa criolla, enamorada del bien, la infortunada extravagancia de este ser de elección, en cuya insania doliente hay mucho que meditar, mucho que admirar, mucho que aprender, mucho que compadecer? ¿Disculpas mi figadora imprudencia?

Alguna vez, si es que he conseguido dejar en tu memoria una impresión, siquiera sea ambigua, de esta infeliz, la verás pasar frente a tu casa alta, enhiesta, sombría, ridícula y pobre. Y en tanto pasa, te asaltará—como a mí—la tentación de interrogarla.

—Buena vieja, ¿dónde están tus perros? ¿Por qué no los dejan ir contigo? Buena vieja, dame un poco de tu piedad extrahumana, y otro poco de tu divina locura de bien y de misantropía. No es sólo admiración, es veneración lo que me inspiras. Porque eres un espíritu de un plano infinitamente superior a éste en que vivimos. Porque cruzas, en silencio, sobre la ensordecedora catástrofe del mundo y la callada tristeza de tu recuerdo. Porque no has perdido el amor, al golpe de la desesperación, sino que lo has reconcentrado en dos humildes e inferiores desdichas, en dos hermanos del de Asís, y puedes pa-

rodiar sin ironía, sin sarcasmo, sin despecho, el verso del romántico bardo de tu tierra:

—Desde que me maltrataron los hombres,
amé a los perros.

EL REY DE LOS BRUJOS

DEL mar negro de la superstición y de la raza, sale, como un vapor caliginoso, un fantasma que, subiendo, subiendo, toma lentamente los gigantescos contornos de un mago oriental, como el genio que se escapó del vaso milagroso, que halló, en el fondo de las aguas, la red de Simbad. Es una gran nube que se corporiza caprichosamente en el horizonte. Vuela, impelida por el viento, hacia las profundidades abismales de lo infinito. Así la ven los ojos aterrados y visionarios de los devotos del prodigio, de los creyentes de la cábala y el conjuro. Ya está muy lejos; ya no alcanzan a distinguirla los humanos sentidos; ya desapareció. Descanse en paz el alma misteriosa de «Papá Silvestre».

Hace dos días fué cristianamente sepultado el rey de los brujos. Tuvo una carrera larga; una

vida de lucha fantástica con el misterio; una correspondencia incesante con los espíritus del bien y del mal; una influencia decisiva con el compadre Satanás. Rindió culto a las esotéricas deidades de alguna obscura teogonía africana. Se ocupó en seguir el rastro de las vidas a través de las nieblas de lo futuro. Era el consultor de las cuitas; el consejero de las venganzas; el guía de los desdenes y amoríos; el médico de los maleficios y las hechicerías.

* * *

El fotograbado que representa la comitiva fúnebre que acompañó el cadáver de «Papá Silvestre», es curioso y sugestivo. Yo lo estuve contemplando largamente en la primera página del *Heraldo*. En algunos rostros morenos se ve no sólo la circunspección, sino el asombro. Hay caras que parecen decir en una involuntaria parodia: ¿Con que también los brujos mueren?

Esta tierra es pródiga de ellos. El pueblo de color tiene, según parece, una antiquísima inclinación por el hechicero. Casi todos los días leo noticias que se refieren a faltas y delitos que cometen en las aldeas, entre la gente del campo, y en las ciudades mismas, estos sacerdotes de la tiniebla. Sus ejercicios, menos aparatosos de se-

guro que los que en la Edad Media desarrollaban en los rincones de sus tugurios los infernales adoradores de Baal, deberán de ser, creo yo, extraños todavía para infundir en el alma sencilla de los ignorantes esa emoción de pavor religioso que se transforma luego en fe ciega y en obediente fanatismo.

La bruja de caldera y lagarto; el mago de redoma y caperuza; el astrólogo de barba luenga; la encantadora de capa constelada y serpiente doméstica, han ido abandonando, en el camino de los tiempos, sus vistosos atavíos, sus simbólicas vestiduras, sus pintorescos atributos. Pero viven; siguen viviendo, a través de las edades, por debajo de la civilización y del análisis; por debajo de la ciencia y de la educación. En cualquier parte, aun en los núcleos de cultura superior, aparece, de cuando en cuando, el adivino, escamoteador del misterio, prestidigitador de la fortuna, dotado de la virtud extraordinaria de sorprender el hilo que teje el porvenir en la trama complicada de la vida. El tipo es eterno. Persiste y resiste a los golpes formidables del progreso. La ignorancia lo crea y lo necesita. La superstición lo busca y lo obedece.

* * *

Mas no únicamente la ignorancia y la superstición son sus esclavos. También, en los hombres ilustrados y civilizados, en las mujeres aristocráticamente enamoradas, en los aventureros que fuerzan la suerte, en cuantos anhelan explorar lo desconocido, acercarse a lo imprevisto, torcer el curso normal de la existencia hacia los remansos ocultos del prodigio, también en ellos existe la inconfesada inclinación a pedir al brujo que alce una punta del velo sagrado que esconde la inexplicable elaboración del destino. El hombre tiene siempre dispuesto el oído para escuchar la voz de los oráculos; siempre listos los ojos para seguir las señales fatídicas de los augures.

Cada espíritu, por cultivado y alto que esté, parece llevar en sí los ecos sordos y lejanos de incontables supersticiones. Son las creencias, semidormidas, de los antepasados, los terrores de la adivinación, las ansiedades del vaticinio. Nuestros muertos agitan en nosotros todas las viejas fábulas que fundaron en la prehistoria las tremendas y primitivas teogonías. Nuestros muertos van por las vastas soledades de nuestras almas como los sonámbulos del milagro. Nuestro buen sentido, nuestras lecturas, las derivaciones de esos anhelos por el cauce de la religión monoteísta, la experiencia acumulada y

la brújula segura del juicio, nos impiden ir adonde nos llaman los ancestrales errores. Y pasamos sonriendo, libres de la preocupación, superiores a la tentación, hombres de nuestro siglo, por frente a la puerta de la casa del brujo. Sabemos que ése no es el misterio, sino la patraña del misterio; que no es ni siquiera la magia, sino la farsa de la magia.

Pero la masa popular no logra sustraerse al influjo de la hechicería, a la fascinación del encantamiento. Necesita del poder sacerdotal de la quiromancia y la buenaventura. Las manos se extienden, las barajas se combinan, los vasos de agua se vuelven pozos de verdad: cada ser lleva marcado su sino, señalados los accidentes de su existir, contados sus pasos, vivas las influencias astrales que lo dominan y sujetan. De ahí que busque al mago, al agorero, al brujo, al individuo que sabe y conoce los signos con que se revela a los hombres el mundo de lo sobrenatural.

Los misticadores se aprovechan de esta aptitud para la fascinación, de esta debilidad espiritual, de esta voluntaria seducción del engaño y de la superchería. Los pueblos siempre han

Capítulo 102

sido niños y siempre se han entretenido con el juguete de los prodigios. Las tribus indígenas de la América, retiradas de la civilización, o no atraídas por completo a ella, continúan con sus viejas idolatrías y sus autóctonas costumbres. El cristianismo no es para esas conglomeraciones étnicas sino la transformación suave y apacible de sus dioses sanguinarios. Y por eso los indios americanos son a un tiempo piadosos y supersticiosos. Después de recibir la bendición del cura, corren a pedir consejo al brujo.

Durante mucho tiempo, a diario he leído en los periódicos de la Habana las fechorías de estos explotadores del analfabetismo, de la ilusión y de la pasión. Muchos viven de ese oficio extravagante y que necesita, para ser ejercido con provecho, de aptitudes y condiciones especiales. Los hay delincuentes, los hay inofensivos. Los hay falsos y verdaderos; es decir, los que fingen su sabiduría y su poder, y los que no fingen el estado de sobreexcitación visionaria que produce en ellos la verbosidad profética de las pitonisas.



Hay seudobrujos y hay enfermos. Hay magos y neurópatas. Hay hechiceros y locos. Los hay que perturban la conciencia, que sugestionan el

amor, que incitan a la venganza, que prometen la felicidad, que curan el desdén, por medio de recetas y formularios con que embaucan a los incautos. Mas todas esas conturbaciones, con ser graves, con causar, a veces, irreparable daño, son menos punibles, por ser metafísicas, que las de los brujos que dan a beber aguas milagrosas y a comer manjares demoníacos. Los licores mágicos, los filtros de amor, la carne de los animales cabalísticos, las yerbas de las plantas encantadas son, en ocasiones, verdaderos envenenamientos, intoxicaciones mortales, substancias trastornadoras de los centros nerviosos, nauseabundas tisanas que atacan la salud. Se ha hablado de los que bañan a sus pacientes en sangre de niños rubios.

Y luego, el brujo suele ser instigador del crimen, sostenedor de la pasión perversa, estimulador del deseo insano y libidinoso. De misterioso no; pero de diabólico sí que tiene este antiguo cliente de Satán.

La hembra, en ciertos casos, es mejor oficiante que el varón en el rito de la misa negra. Porque Merlín no posee las flexibilidades de Mercurio, en tanto que Bibiana sí practica las sutilezas de Celestina.

En este colmenar de la conseja; en este hor-

miguero sombrío del milagro fingido, de la adivinación mentirosa, del conjuro legendario, de la hechicería fraudulenta, viven, en penumbras salpicadas de fuegos fatuos, y estremecidos de gemidos y de invocaciones, los ignorantes, los fanáticos, los desequilibrados, los histéricos, los espíritus informes o torcidos, para los cuales la vida real es una tortura, y el engaño, una liberación.

De este antro de lechuzas pelonas y de cocodrilo de cartón salió la caja mortuoria del rey de los brujos. ¡Descanse en paz el alma misteriosa de «Papa Silvestre»!

VIENDO PASAR A PILDAIN LA PSICOLOGÍA DEL CÓMICO VIEJO

UNA noche—narro impresiones de la semana—; una linda noche de estos tibios inviernos tropicales, vi pasar por frente al vestíbulo del Teatro Nacional una figura interesante. No es la de un político, ni la de un elegante, ni la de un diplomático. Bueno es hacer una rápida eliminación de las celebridades en boga. Ni el saber, ni la riqueza, ni el amor, dan fama al hombre que pasó ante mí y por frente al vestíbulo del teatro. Ni Talleyrand, ni Cavour, ni Brummel. No—repito—; ni Willard siquiera (el músculo en triunfo); ni siquiera Máximo Herrera (la audacia en vértigo). La Habana, que tiene representativos de todo género, desde el héroe que avasalló a la gloria, y el orador que asobinó a las multitudes, hasta la Hermosura

que, con sólo el poder de su encanto, domó al león hirsuto de la Fuerza; y el Arte, que, soplando en la flauta divina, hizo el milagro de adormecer las flores de la selva; la Habana, tan pródiga en selectos ejemplares humanos, posee, en la alocada agitación de su vida callejera, tipos que parece que encierran en sí toda una larga crónica de viejos episodios, toda una evocación de cosas idas; toda una romántica historia de antaño, corporizada en estos supervivientes, sombras chinescas, fantasmas anacrónicos del tiempo que pasó. Estas gentes causan, a quien las conoce, una impresión semejante a la de las casas antiguas, los barrios viejos y los árboles añosos. —Aquí fué—pensamos al verlas—; aquí fué donde hubo aquella fiesta famosa; donde se cometió aquel crimen comentadísimo; donde un poeta compuso aquella inspirada estrofa...

Y eso dije yo para mí cuando, en una de estas noches de plata azul, vi dibujarse, en negro, sobre el cuadrilátero amarillo de una puerta del vestíbulo teatral, la figura arcaica de aquel hombre que no era ni héroe, ni sabio, ni rico, ni poderoso; que era, en cierto modo, antítesis de eso; aunque en épocas pretéritas hubiese fingido serlo todo: batallador, pensador, emperador; y esgrimió espada, y manejó péñola y ciñó corona;

eso dije yo frente a la figura insignificante para muchos, interesante para pocos—de un cómico viejo: aquí vivió la ilusión, y hubo fiestas de juventud, y combates de gloria y cantos de esperanza.

Para los que conocen esta metrópoli que conserva su aspecto de colonia española, no es necesaria la facultad adivinatoria. La antigualla a que me refero es el señor Pildain, el popular Pildain, reciente y admirablemente entrevistado por Frau Marsal.

De seguro que la sugestiva y ática entrevista de Marsal influyó para que mi maniático vicio de atisbador hallara en el sesentón comediante pretexto de fantasear a la ligera en torno de un tema grato a mis recuerdos.

Pildain es corpulento, recio de contextura, ancho de tórax, y cierta obsesión de conservar la gallardía perdida parece obligar al anciano al esfuerzo de erguirse cuanto le permite el fardo de los años, el cual visiblemente le abruma las espaldas. Apuesto y jarifo se empeña en ser Pildain, y para ello no omite energía ni economiza voluntad. Su traje, tan cansado como el cuerpo que viste, despliega aún velos galanes; no son flamantes los zapatos, pero echan brillos pavonados; el sombrero recuerda el poético proloquio

que pregona que el otoño es una segunda primavera. Afeitado el moreno rostro, risueña la boca que se abre dentro del paréntesis facial de las hondas arrugas, los ojos con deseos de mirar la última lucecita que chispea, como estrella en neblina, dentro de la opaca nube de una retenida tristeza; sin una cana en el teñido cabello, que transflora en ocre mate su negrura, sin un gesto, sin un ademán que subraye la mal encubierta fatiga que, a su pesar, le rinde, Pildain saluda todavía con un aire, entre satisfecho y vanidoso, que es como la prolongación inconsciente, medular, de sus saludos escénicos, de sus inclinaciones sobre el tablado, cuando, a telón corrido, una ráfaga de aplausos lo doblaba entre bambalinas y rompimientos como una encina robusta azotada por el huracán. Y este símil apolillado del huracán y la encina, debe de haberse repetido, quizá, en más de una ocasión con motivo de las victorias artísticas del viejo cómico que ha sobrevivido a la memoria de sus ya remotas excursiones por el Olimpo glorioso, donde, con una máscara en la siniestra mano, tendía la diestra para alcanzar el lauro délfico que temblaba entre los dedos amorosos de su musa.

Frau Marsal reproduce las respuestas dadas por Pildain a las interrogaciones salpicadas de

ternura irónica que el escritor dirigió al pecho del anciano farandulero como saetas mojadas en miel hiblea, para endulzar las breves heridas de las intencionadas preguntas.

Las anécdotas y la figura del comediante que vi pasar por frente al vestíbulo de un teatro despertaron en mi corazón esa suave simpatía que nos inspiran a los poetas octubreños las mujeres feas, los niños mutilados y los cómicos viejos.

La vía Apia de mis veinticinco años de cronista de espectáculos está sembrada, por ambos lados, de lápidas, blancas unas, y otras negras, que señalan las aventuras, los episodios, las memorias de la vida trashumante de los que miré—y admiré en otro tiempo—entrar y salir por el vestíbulo, iluminado *a giorno*, de la gloria. Y entre ellos, rememoro algunos, que, como éste de ahora, ya no entran ni salen; pasan, pasan solamente, y pintan en el fondo de claridad su oscura silueta, como la de esos juegos de salón que con los dedos de la mano proyectan sombras móviles, e imitan contornos negros y caricaturescos, sobre un muro lleno de luz.

Un cómico viejo, amigos míos, mueve a dolor el ánimo, más tal vez que otros seres que sopor-

tan mayores desventuras que ésta de ser un desecho de guardarropía, un oropel inservible del carro de la farsa.

Al contemplar una de estas ruinas vergonzantes, vienen a los labios los versos dolientes:

¡Pobre guiñapo que el aire enreda;
qué muda y triste lección me da;
la vida pasa y el tiempo rueda,
y siempre hay algo que nos queda
de tanto y tanto que se nos va!

Al cómico retirado le quedan muchas cosas: la vanidad, en primer término. Y ésta, proviene de la locura extraña que escarba y agita en su pasado las horas relampagueantes de la apoteosis. El cómico, por lo general, no siente el lento pero continuo desgaste de sus facultades. No cree en que el perfeccionamiento no es sino el camino del aniquilamiento. Y, por efecto de una autosugestión cada vez más potente, porque cada vez es más desesperada, se imagina que su genio es flor inmarcesible, astro sin ocaso, luz perenne, las mil y tres tonterías con que lo adularon la crítica interesada, los admiradores apasionados y las cortesanas caprichosas. El cómico quiere hacer el milagro bíblico: ¡Detente!—le manda al sol de su gloria.

Pero los instantes son voraces roedores, son destructores insectos, y, poco a poco, destruyen y apolillan la existencia. Todos sentimos la obra sutil y devastadora, y nos revelamos contra ella, y cubrimos con artificio y afeite los terribles estragos. Y queremos ocultar con trepadoras de trapo la pared que se agrieta.

Pero la escena del mundo es grande; el foro es amplio y el buen sentido y el juicio, y la persistencia de la razón, y los consejos de la edad, nos van indicando el derrotero, que seguimos de buen grado hasta que al fin nos perdemos tras los misteriosos bastidores de la nada. El amor se aleja, llorando; la ilusión, burlonamente, se despide; el sueño se apaga como cera consumida; pero la esperanza nos acompaña hasta el mutis último, diciéndonos como experto traspunte: prepárate para la obra siguiente.

Mas a estos hombres que vivieron en el agasajo, que se nutrieron de la mentira, que se embriagaron con el aroma del incienso, que experimentaron la gran emoción de los dominadores de almas, el unimismamiento sentimental, el frenesí de las muchedumbres, y luego oyeron las demandas de los empresarios, las risas de satisfacción de los amigos, los ruegos de las mujeres enamoradas; a estos hombres, que con la

cabeza en alto van pisando suelo de laureles, y de pronto ponen los pies en el vacío, y caen atolondrados y contusos, y se debaten en la tiniebla en que, de cuando en cuando, relucen, como luciérnagas traviesas, las miradas irónicas, y las piedades falsas, a estos hombres, no les llega nunca la resignación, no los salva la reflexión, ni de su absurda pesadilla los despierta la realidad. No sintieron el descenso, sino la caída. Se juzgan traicionados; se ven dentro de un apretado círculo de enemigos. Y de su megalomanía fastuosa, de su exaltado delirio de persecución, llegan a esta incurable lipemania, sin perder por entero su orgullo de artistas, su fe en sí mismos, y su candorosa y simpática petulancia.

Efímero es—ya se sabe—el triunfo de los artistas de teatro. Muere con ellos. Queda un nombre en las reseñas, y eso es lo que más persiste de su fama. Lo demás, la manera, la escuela, el procedimiento, la interpretación, son méritos que se vuelven naturalmente impersonales, conforme empuja el porvenir a los recién llegados. La persona del comediante se borra; el recuerdo se desvanece.

Nada de morder en lo futuro y arrancar una hoja de la palma que germina, para los pósteros,

en el surco lejano. El *Viaje entretenido*, de Rojas, tiene algunas páginas consagradas a este dolor, y en las cuales la gracia picaresca deja caer, sin quererlo, algunas gotas de llanto amargo que, al resbalar por la mejilla, manchan el colorete del histrión. Son verdaderas.

Para comprender el infortunio de estos reyes destronados, de estos artistas que ya no pueden trabajar, que son los inválidos de los foros, los desahuciados de la gloria, los inútiles de la vida, es preciso haberse asomado a ese «pequeño mundo antiguo» que se llama un escenario.

¡Cuánta miseria; pero cuánto sufrimiento!

Y al ver pasar por frente al vestíbulo del teatro al buen Pildain—Delobelle habanero—con su talante caballeresco, su forzada apostura, su vanidosa y amable sonrisa, tuve impulsos de acercarme a él y saludarle así:

—Venga esa mano, mi querido Don Juan; prepárese usted a la «Segunda parte del Tenorio». Ya se acerca la apoteosis final.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1965 MONTERREY, MEXICO